

EL VIAJE AL SOL

1º - 2º

Una vez vivía un muchacho ayudante de cocina en la corte de un rey. A pesar de que era de humilde nacimiento, era un muchacho de muy buena apariencia, y si lo hubiesen vestido con atuendos nobles, no creo que hubiesen encontrado un muchacho más apuesto en todo el país.

El rey tenía una hija que era que un poco más joven el muchacho. Los dos niños eran muy buenos amigos como suele ocurrir cuando los niños crecen juntos, y no pasaba un día en que no jugaran el uno con el otro. Cuando crecieron, era muy natural para ellos ir de la mano a pasear por el jardín real. Todo esto, por supuesto, no les gustaba a los consejeros del rey. Juntaban sus manos y exclamaban con horror:

-¡La única hija del rey y un ayudante de cocina!"

Al principio el anciano rey dejaba que sus murmuraciones le entrasen por un oído y le saliesen por el otro. Pero como los rumores continuaban más y más, llegó a enojarse con este asunto y dio orden de despedir al muchacho. oh cielos. La princesita comenzó entonces a llorar amargamente. Tan pronto como alguien tocaba al muchacho empezaba a sollozar con más pena todavía.

El anciano rey no podía soportar escucharla llorar mucho tiempo. Y cada vez él le quitaba importancia diciendo:

-"Bueno, es solo una niña, llegado el momento tendrá más sentido."

Así las cosas continuaron como antes. Los niños continuaron pasando horas juntos y caminando por el jardín y nadie osaba prevenirles.

El tiempo fue pasando y dejaron de ser niños, pero la alegría de estar junto continuaba. Ahora su amistad comenzó a florecer y crecer más cada día, y cada vez se hacía más hermosa e íntima.

La princesita fue creciendo y en poco tiempo ya era suficientemente grande como para casarse.

De todas partes venían pretendientes, todos ellos hijos de reyes, pero ella no quería a ninguno.

Cuando uno se iba, otro más rico venía. ¡Podía tener diez en cada dedo! Ella podía escoger entre ellos como ustedes pueden escoger peras en un puesto de fruta. Pero como ellos insistían con sus exigencias ante el trono, la querida hija del rey solo pensaba en cómo podía escaparse, y tan pronto como podía, se deslizaba y no había otro lugar en que podía ser encontrada que con el muchacho.

Siempre que su padre le preguntaba si alguno de los pretendientes le gustaba, ella siempre contestaba franca y libremente:

-“Querido padre, yo sólo puedo decir que me gusta el muchacho ayudante de cocina, y si deseas que me case, déjame casarme con él”.

Al principio el rey trataba de no escuchar, pero esto ya era mucho soportar; al final estaba profundamente apesadumbrado, y no paraba de asombrarse.

¡Tantos hijos de reyes y todo lo que ella quería era a un ayudante de cocina!

Llamó a sus consejeros y les puso la cuestión de qué había de hacerse. Ellos dijeron enseguida que había que matarlo y con esto terminaría el asunto.

Pero el buen rey pensó que esto no era correcto; matar al pobre muchacho sin más ni más.

-“Bueno, Su Majestad”, dijo el más sabio de sus consejeros, “si vos consideráis esto una injusticia déjenos enviar al muchacho bien provisionado a un viaje que es tan largo que nunca volverá de él, aunque le lleve cien años. Déjenos enviarlo al Sol y preguntarle por qué él sube cada vez más alto cada día hasta el mediodía y después del mediodía baja y baja y calienta cada vez menos.”

-“Esto es un sabio consejo”, todos asintieron e incluso el rey pensó que pronto su hija olvidaría al muchacho cuando se fuese a su viaje al Sol y no pudiese verlo nunca más.

Así, hicieron comparecer al joven enseguida; le dieron vestidos nuevos, dinero para el viaje y lo enviaron al Sol para traer las respuestas.

La hija del rey lo despidió con lágrimas y él también partió apesadumbrado. Nadie podía decirle, ni incluso nadie podía sugerirle vagamente qué camino debería tomar. Pero él se condujo siguiendo a su nariz: no fue hacia el este por donde sale el sol, sino hacia el oeste, por donde se acuesta.

Siguió caminando adelante, a través de densos bosques, a lo largo de rudos caminos, hasta que, después de mucho caminar, llegó a un país donde un rey muy poderoso, pero ciego, reinaba. Este rey escuchó decir a este joven de dónde venía y adonde estaba yendo, y envió a buscarlo enseguida, pues necesitaba urgentemente un consejo que sólo podía ser dado por el Sol.

Entonces el joven fue hacia el rey. El anciano, que quería escuchar esto con sus propios oídos, le preguntó:

-“¿Querido hijo mío, realmente estás yendo hacia el Sol?”

-“Si, por supuesto que sí”, contestó el joven con orgullo.

-“Bueno, cuando llegues al Sol pregúntale como es que siendo yo un rey tan poderoso, estoy ciego a mi vejez. Si lo consigues, te dejaré la mitad de mi reino.”

-“Oh, lo haré por supuesto para usted. ¿Porque no lo iba a hacer si consigo llegar allí?”, prometió el joven.

Entonces el rey le dio dinero y todo lo demás que necesitaba para el viaje.

Así el joven continuó su camino al sol. Fue a través de densos bosques y de valles desiertos donde no se encontraba ningún rastro de seres humanos, hasta que llegó al borde del mar. El mar era ancho y profundo. Su dirección no podía ser ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, pues el sol estaba justo enfrente, en el horizonte. Pero ...

¿Cómo iba a cruzar estas enormes aguas?

Anduvo arriba y abajo por la costa y pensó que no podía hacer nada. Y mientras estaba así caminando y pensando, un gran pez se acercó a él. Este pez estaba la mitad en el agua y la otra mitad afuera. Su panza era como las panzas de otros peces, pero su lomo era brillante como un carbón en brasas, y esto venía del brillo del sol.

"¿Cómo has llegado hasta aquí, joven?" le preguntó el pez. *¿Adónde vas? ¿Qué quieres aquí?"*

"¿Adónde voy? ¿Qué quiero? Me gustaría estar allá, más lejos del mar. Pues bien, voy al Sol a hacerle algunas preguntas"

"¿Al Sol?", preguntó el pez sorprendido.

"¿Es cierto lo que estás diciendo?"

"Pues yo también puedo ser ayudado por el sol.

¿Puedes preguntar al Sol por qué yo, que soy un pez tan grande y pesado nunca puedo quedarme en el fondo del agua como los otros peces? ¿Puedes preguntarle eso?"

"Por supuesto que sí", dijo el joven, *"pero cómo puedo hacer eso cuando yo estoy aquí y el Sol está al otro lado del mar?"*

"Yo te puedo atravesar, sólo siéntate sobre mi lomo"

Lleno de alegría, el joven saltó sobre la ancha espalda del pez que lo llevó rápido al otro lado.

"Fíjate bien que vuelvas por este mismo camino. Te estaré esperando" Le gritó el pez mientras él se apresuraba.

Continuó el joven a través de un desierto vacío donde ni siquiera un pájaro ni una mariposa, sin mencionar un ser humano, podían ser vistos. Ahora ya no podía estar lejos del fin del mundo, pues el Sol estaba descendiendo junto a la tierra cerca de él. Corrió hacia él con todo lo que le daban sus pulmones.

Cuando llegó al fin del mundo, encontró al Sol que justo estaba descansando en el regazo de su madre. El joven se inclinó amablemente y ellos lo saludaron. Él comenzó a hablar y ellos escuchaban. El joven preguntó:

"Querido sol, dime, ¿por qué subes más alto y más alto hasta el mediodía haciendo todo más cálido y más cálido, y desde el mediodía en adelante, mientras estás descendiendo te vuelves cada vez más débil y más débil? Pues mi amo lo quiere saber".

Entonces el Sol le contestó:

"Bueno, hermanito, sólo pregunta a tu amo cómo es que desde su nacimiento en adelante creció y se hizo más y más fuerte, pero en la edad avanzada se vuelve encorvado y débil. Es lo mismo conmigo. Cada mañana mi madre me da a luz como a un fuerte niño recién nacido y cada noche me toma en su regazo como un débil anciano".

Después el joven preguntó por qué el anciano rey se había vuelto ciego en su ancianidad cuando antes tenía ojos de rey muy buenos.

"Si", replicó el sol. ¿por qué se volvió todo oscuro a su alrededor?

"Se volvió ciego porque se ha vuelto arrogante. Él deseaba hacerse igual a Dios pues tiene un cielo de cristal construido sobre él con estrellas doradas, por lo que podía sentarse en su trono bien arriba del mundo y reinar todo. Él tendría que inclinarse humildemente hacia la tierra, ante Dios, y romper en pedazos su cielo de cristal, y entonces volverá ver como solía a hacerlo antes"

"¿Y el pez, ¿por qué no puede descansar en el fondo del agua como los otros peces?"

"Es porque todavía no ha comido carne humana. Pero no se lo digas hasta que hayas cruzado el mar y te hayas alejado bastante de la costa"

El joven agradeció al Sol por su buen consejo y quiso partir, pero Aquél le hizo volver. Le dio un vestido tan fino que podía meterse en una cáscara de nuez.

Era, ¡adivina qué!, nada menos que un "Vestido del Sol".

Entonces el joven comenzó su camino de vuelta y pronto llegó al mar. El pez pronto empezó a preguntarle para que le dijese rápidamente lo que el Sol le había revelado. Pero él le dijo que no podía decirle nada hasta que hubiese llegado a la otra orilla. Se sentó sobre el lomo del pez y los dos juntos salieron disparados sobre el agua de forma que las olas se levantaban tras ellos.

Tan pronto como llegaron al otro lado, el joven saltó como rápidamente a la costa y corrió hacia a su interior. Cuando había corrido un buen trecho se volvió y le gritó:

"¡Nunca descansarás en el fondo del agua hasta que hayas comido carne humana!"

Como si cien demonios hubiesen entrado adentro su ser, el pez se puso rabioso, golpeó el mar tan fuerte con su cola que el agua subió hacia la tierra y pronto alcanzó hasta el cinturón del joven. Pero por suerte el agua no era suficientemente profunda para que el pez pudiese alcanzarlo.

"Si el demonio no me alcanzó esta vez, nunca me alcanzará", dijo el joven.

Con un respiro de alivio se apresuró en dirección al Sol naciente. Después de un tiempo llegó a la corte del rey ciego que lo saludó impacientemente:

-¡Bien, hijo mío, ¿tienes la respuesta? ¿sabes por qué me he vuelto ciego?"

"Te volviste ciego porque te hiciste arrogante y deseaste hacerte igual a Dios. Si te inclinas humildemente hacia la tierra ante Dios, y dejas que tu cielo de cristal sea destrozado, el mundo se volverá brillante alrededor tuyo de nuevo y verás como lo hiciste antes."

El rey obedeció. Rompió en pedazos el cielo de cristal sobre él y se inclinó humildemente hacia la tierra. Sus ojos recobraron el brillo de nuevo y le parecía como si hubiese salido de la tumba hacia la luz del día. Inmediatamente le dio la mitad de su reino al joven.

Ahora nuestro ayudante de cocina era un rey como los otros. A pesar de esto no se paró por un momento, sino que se apresuró en llegar a casa.

Y estuvo muy bien que se diese prisa, pues si hubiese llegado una hora más tarde todo se hubiese perdido.

Ya desde lejos podía escuchar todas las campanas de su pueblo natal sonando.

"¿Qué está ocurriendo aquí?" le preguntó a la gente aglomerada en las calles.

"Es la boda de la hija del rey", le dijeron.

Era una maravilla que nadie se burló de él por su ignorancia, pues hasta los gorriones en los tejados estaban charlando sobre esto.

Rápidamente supo que hacer. Sacó de su bolsillo la cáscara de nuez, y de la cáscara de nuez el vestido del Sol. Se lo puso y se dirigió enseguida a la iglesia donde las puertas ya estaban abiertas preparadas para la boda, y se sentó en el primer banco enfrente del altar.

Después de un momento, la procesión espléndidamente vestida de los invitados entró. Cuando vieron al rico invitado en el banco enfrente del altar, murmuraron unos a otros:

"¿Quién es ese?"

"¿Qué clase de persona es?"

Pero nadie lo reconoció y nadie sabía de dónde venía. Todos admiraban su espléndida apariencia e incluso pensaban que era tan rico y guapo que iba a dejar al novio atrás.

Entonces las doncellas trajeron a la novia al altar.

Pero ella no necesitó preguntar quién estaba sentado en el banco principal.

Se deslizó de los brazos de las doncellas y abrazó a su amado ayudante de cocina. No lo dejaría por nada en el mundo y por ningún precio querría escuchar de casarse con ningún otro.

Inmediatamente el rey suspendió la ceremonia y llamó al joven para que compareciese ante su trono.

Cuando el joven vestido en su traje del Sol se presentó ante el trono, le relató desde el principio hasta el final lo que le había ocurrido.

"¿Y qué dices sobre la pregunta al sol? ¿Tienes una respuesta?" preguntó el rey ansiosamente.

"Si, la tengo", replicó el joven ayudante de cocina.

"Cada mañana el Niño-Sol nace como un bebé fresco, y cada noche su madre lo toma"

de vuelta sobre su regazo, como un anciano, igual como usted crece fuerte como joven, pero debe declinar en la ancianidad."

"Si, así es. Yo crecí desde mi infancia hacia la adultez con fuerza, y ahora que me he vuelto viejo mi fuerza está declinando. Pero vosotros, hijos míos, estáis en la mañana de vuestra vida y vuestros poderes están todavía creciendo", dijo el rey.

Y con esto, dio solemnemente la bendición y les dio la regencia del reino.

El joven, lleno de alegría, tomó a su querida princesa del brazo y la condujo al altar. De esta forma fueron casados con gran regocijo, e inmediatamente después de la fiesta de boda tuvo lugar una espléndida coronación para marcar el comienzo del reinado del nuevo rey y la nueva reina.

Aportación de